

LA VIDA ÍNTIMA DE FRANCISCO VILLA, SEGÚN AUSTREBERTA RENTERÍA

HABLA LA VIUDA DEL GUERRILLERO

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE VIDA DEL GENERAL

Por primera vez, la señora Rentería hace un interesante
relato, exclusivo para los *Periódicos Lozano*

CAPÍTULO I

No solamente los detalles íntimos de los últimos años de vida del general Francisco Villa, sino también la historia de los años que precedieron a la aparición del notable guerrillero, me han sido referidos, para ser dados a conocer en los *Periódicos Lozano*, por doña Austreberta Rentería, viuda de Villa, actualmente residente en la Ciudad de México.

Aunque doña Austreberta, desde la muerte del general Villa, se había negado a hablar, sólo por el respeto que siente por el alto criterio independiente de los *Periódicos Lozano*, dice, y por el recuerdo cariñoso que guarda para mi

El convencionismo

querido amigo don Regino Hernández Llergo, actual jefe de redacción de *La Opinión*, fue por lo que accedió a referirme lo que por vez primera se conocerá sobre el hombre que ha servido para fraguar vulgares leyendas y para imaginar fantásticas novelas y cintas cinematográficas.

Además, la vocecilla de un niño que, todavía en el lecho, después de haber sufrido una delicada operación pidió dulcemente: “Ande, mamacita, cuente al señor lo que le pide, para que se sepa la verdad de papacito”, hizo que doña Austreberta, como sufriendo una reacción, me dijera:

—*Será usted la primera persona que conozca la verdadera historia de mi esposo.*

UN TIPO INTERESANTE DE MUJER

Fue en el sanatorio del doctor Donato Moreno donde conocí a la viuda del general Villa. Hacía dos semanas que había llegado a la Ciudad de México, procedente de Parral y acompañada de sus dos hijos, Francisco e Hipólito, y no hacía más de una que vivía en el sanatorio para poder atender al mayor de sus pequeños, quien había sufrido una delicada operación. Pude llegar hasta la señora —que se negaba cortésmente a recibir visitas—, gracias a la amabilidad del general Nicolás Rodríguez.

Es doña Austreberta Rentería, viuda de Villa, un tipo interesante de mujer: alta, delgada, morena, de grandes y expresivos ojos negros, de muy finas maneras, de fácil y discreta palabra, aunque sin hacer esfuerzos por ocultar la verdad en los periodos más delicados; muy impresionable, ya que con el apoyo de su buena memoria, sabe dar a los hechos pasados toda la realidad que debieron tener.

Cuando habla del general Villa le llama “mi esposo”, o bien, “Pancho”, y el culto que por él siente ha logrado infundirlo a sus dos hijos.

JUSTICIA AL GENERAL FRANCISCO VILLA

Después de escuchar la súplica de su hijo, para que me refiriera lo que sabe, me dijo:

—*Mis hijos, pero especialmente Panchito, conocen toda la vida de mi esposo; se las he contado para que desde chicos se enseñen a defender la memoria de su padre, que*

José C. Valadés

ha sido objeto de tantas y tantas calumnias... Porque con el nombre de Pancho se ha abusado; se le atribuyen los actos más perversos, se le presenta como un bandolero. Lo único que se calla es lo bueno que mi esposo hizo. De eso no se habla. Por eso quiero que mis hijos conozcan todos los hechos de su vida, porque si la historia no le hace justicia, ellos, cuando sean grandes, deberán luchar para probar que su padre no fue el Villa que nos han presentado hasta ahora.

Y Panchito, al escuchar las palabras de su madre, hizo un esfuerzo por incorporarse del lecho y, mostrándome un gran retrato del general que guardaba debajo de la almohada, me preguntó:

—*¿Usted cree que papacito haya sido tan malo como dicen algunos que era?*

UN FUTURO ABOGADO

Tiene Panchito trece años de edad; por su gran parecido físico con el general, su madre parece tener gran predilección hacia él, por lo que al ver sus esfuerzos por continuar incorporado, doña Austreberta cariñosamente le tomó de las manos y lo acomodó con suavidad en la cama, no sin decirme antes:

—*Este es Panchito, el mismo que mi esposo cargaba en los brazos, y el mismo que Pancho, cuando el señor Hernández Llergo estuvo con nosotros en Canutillo, dijo que sería licenciado... ¡Y crea usted que haré todos los sacrificios posibles para que mi hijo sea lo que su padre quería que fuera!*

No acababa doña Austreberta de colocar cómodamente a su hijo, cuando entró a la habitación el hijo menor, Hipólito.

—*Este es Polito, lleva el nombre de mi compadre Hipólito* —me dijo la señora, señalando al niño, quien, todo encogido, apenas si se atrevía a extender el brazo para saludar, y agregó la señora:

—*Nació el pobrecito cuatro días después de la muerte de Pancho.*

LOS PERIODISTAS

Ya con la presencia de sus dos hijos, la señora pareció tomar mayor confianza, preguntándome, en primer lugar, por Hernández Llergo.

—*¿Dice usted que el señor Hernández Llergo está en Los Ángeles? No sabe usted que grata memoria tengo siempre de ese señor, y es que siempre he estimado a las*

El convencionismo

personas que más quería mi esposo. Recuerdo que Pancho, siempre que se hablaba de periodistas, decía: “Ese amigo Hernández Llergo es un verdadero amigo; es el primer periodista que me trata como se trata a los hombres; íese sí que no contó mentiras de mí!”— me dijo doña Austreberta, para luego, visiblemente conmovida reflexionar:

—¡Y vea usted que lo que contó el señor Hernández Llergo después de visitarnos en Canutillo fue, en parte, la causa de la muerte de Pancho!... No digo yo que no dijo la verdad, pero esa verdad, dicha en aquellos momentos, creo que perjudicó a Pancho... Por eso nunca he querido hablar; por eso siento cierta inquietud ante los periodistas...

FALSEDADES

La viuda del general Villa, visiblemente conmovida y ahora viéndome fijamente, prosiguió:

—¿Verdad que para una mujer de la edad que tengo, estoy muy acabada? Es que usted no sabe las penalidades que he pasado. Por una parte, sufro moralmente cada vez que veo algo en contra de mi esposo; quisiera entonces tener facilidades para decirles a quienes así escriben, que es falso y muy falso lo que cuentan de Pancho, y me desespero viendo que mis pobres hijos todavía son muy pequeños para rehabilitar la memoria de su padre.

Desde que Pancho murió he tratado de leer todo lo que de él se escribe. He leído muchos periódicos y en ellos los escritores dicen todo lo que quieren; inventan frases más o menos ingeniosas, refieren supuestos hechos. Todo esto, le repito, es para mí, un martirio moral.

Aparte, he tenido muchos sufrimientos económicos. Mi padre, como se lo contaré a usted más adelante, era un vecino acomodado de Jiménez, pero perdió todo el dinero que tenía durante la revolución, así que el pobre ha hecho grandes esfuerzos para ayudarme últimamente. Fui la hija mimada de mis padres, así es que mi juventud pasó sin conocer las penalidades de la pobreza; más tarde, siendo la esposa del general Villa y, como usted debe comprender, estuve llena de atenciones: nada faltaba en la hacienda. Pancho me leía el pensamiento; ¡me quería tanto el pobrecito!...

Más tarde, después de su muerte, he tenido que luchar para poder educar a mis hijos. Me quedaba el hotel del Parral, pero me lo quitaron para dárselo a una señora que dizque había sido la única y auténtica esposa de Pancho.

José C. Valadés

He venido a México con el fin, no solamente de que Panchito fuera operado, sino también para que los niños entren a la escuela secundaria, y estoy dispuesta a todos los sacrificios hasta no ver que los niños sean hombres formales y de bien. Para esto tendré que trabajar, pero lo haré gustosa con tal de que Panchito pueda ser licenciado, como lo quería mi esposo, y para que Polito tenga alguna otra profesión.

EL ORGULLO DE POLITO

Sonriendo con cierta amargura, la viuda del general Villa, haciendo que Polito se ponga de pic, dice:

—¿Ve usted este traje de Polito? Pues era un traje de mi esposo; se lo mandé arreglar al niño, a fin de que ande decentemente vestido.

Polito, orgulloso por vestir con un traje reformado del general Villa, extiende el brazo y luego, encogiéndose y riendo, se acerca a su hermano para decirle al oído con orgullo:

—Yo uso los trajes de papacito.

Luego, refiriéndose a la operación que le hicieron a Panchito, doña Austreberta refiere que pudo llevarse a cabo gracias a la ayuda que le proporcionaron algunos elementos que militaron a las órdenes del general Villa, pero especialmente de los villistas que forman parte de los “Camisas Doradas”.

—A pesar de que mi esposo ha sido calumniado tanto, todavía hay algunos de los hombres que militaron bajo sus órdenes, que recuerdan cariñosamente a su jefe. Muchos de ellos han venido a visitarme desde el día que llegué a esta ciudad; me han ofrecido su apoyo, y esto me hace creer que algún día habrá justicia para mi esposo.

¡Justicia! Solamente justicia pido de quienes escriben, porque Pancho no era ese tipo desnaturalizado que pintan. Que se diga la verdad, que se diga lo malo, pero también lo bueno que hizo. Yo no digo que Pancho era un santo: ¡si hubiera sido un santo no hubiera andado en la revolución! ¡Los santos se quedan en la casa! Pancho era un hombre, con los defectos, pero también con las virtudes de todos los hombres.

EL LIBRO FAVORITO DEL GENERAL

Me refirió entonces la señora, cómo, cuando era muy joven, había odiado al general Villa, a pesar de que su hermano era un admirador del guerrero,

El convencionismo

y cómo, años más tarde, siendo ya su esposa, no solamente lo había amado entrañablemente, sino también admirado.

Un día, contó doña Austreberta, ya en Canutillo, le confesó a su esposo como le había odiado, a lo cual Villa contestó:

—*Ya ves, viejita, icómo han cambiado las cosas!*

Y desde ese día, el general quiso que su esposa conociera todos los detalles de su vida, y temiendo que doña Austreberta olvidara algunos de esos detalles, él mismo se puso a escribir sus memorias.

Todas las noches, el general Villa, cuando ya reinaba la tranquilidad en Canutillo, sentado al borde de su cama, contaba a su esposa los episodios más interesantes de su vida, y después se tendía boca abajo sobre el lecho, y haciendo un gran esfuerzo para disciplinar sus recuerdos y su inteligencia, empezaba a escribir lo que habría de dejar a la posteridad sobre su historia personal. Cuando se cansaba de escribir, tomaba una pizarra que tenía siempre a su alcance, y pedía a su esposa:

—*A ver, Betita, quiero que me dictes unas cuentas.*

—*Pero para que tiene usted tanto empeño en hacer cuentas, ¿pues qué no tiene gente capaz que se las haga?* —contestaba doña Austreberta.

—*No le hace, hijita, no faltará quien me quiera engañar* —insistía el general.

Y todavía, antes de dormir, dedicaba unos minutos a la lectura. Su lectura favorita era *El tesoro de la juventud*.

—*Muchas veces* —me contó doña Austreberta— *le pregunté a Pancho si entendía todo lo que leía en ese libro y aunque siempre me contestaba afirmativamente, yo le hacía preguntas a las que contestaba con gran prontitud y siempre sonriendo por la satisfacción que le causaba el comprender los adelantos que diariamente hacía.*

UNA DESCRIPCIÓN DEL GENERAL

Pedí a la señora que me dijera cómo era, físicamente, el general Villa. Doña Austreberta sonrió y aunque en los primeros instantes pareció dispuesta a negarme lo solicitado, al fin accedió, diciéndome:

—*Pancho tenía una frente alta, unos ojos grandes, café oscuro, de mirada muy penetrante, unos labios un poquito gruesos, que casi le cubrían los bigotes, que eran espesos: los bigotes eran un poco rojos. Era guapo, lo que podemos decir un norteno guapo. Era alto, grueso, y había engordado los últimos años de su vida, lo cual le*

preocupaba mucho, ya que constantemente me decía: “Betita, estoy haciéndome gordo”, a lo que yo le contestaba diciéndole que hiciera todos los días ejercicio, y como el pobre me quería tanto, ya verá usted que todos los días se ponía a correr en el patio de la hacienda. Me hacía que me sentara para que viera cómo cada día corría mejor. Pero no se conformaba con el ejercicio de la mañana, que a veces duraba una hora, sino que luego montaba a caballo y por la tarde iba a jugar al rebote.

Pero se me pasaba una cosa: Pancho era muy blanco, blanquísimo, aunque tenía la cara y las manos tostadas por el sol. Una vez me dijeron que su abuelo había sido español, lo cual le pregunté y me lo negó diciéndome que todos los de su familia habían sido mexicanos. Me dijo también que su papá, don Agustín Villa, quien había muerto hacía muchos años, era blanco, y que su madre era un poco morena.

LE GUSTABA CANTAR

—Ya le he dicho como era físicamente, debo decirle también que era, en la intimidad del hogar, muy expresivo, muy cariñoso y muy alegre.

Cuando estábamos a solas, le gustaba mucho cantar. Casi todos los días me cantaba una canción cuya letra le daré a usted después, que se llamaba La fiebre, y a la que yo le puse La fiebre amarilla. Aparte de esta canción, le gustaba mucho la música y la letra de Las tres pelonas. Cuando consideraba que nadie lo escuchaba, se acompañaba con la guitarra, y no lo hacía mal, porque tenía un buen oído y era muy entonado. A veces me cantaba tantas canciones, que luego me preguntaba: “¿No te has cansado de oírme, hijita?”

Doña Austreberta, hace una larga pausa, me enseña unos retratos del general y me pide:

—¿Quiere usted que en otra ocasión le cuente la vida de Pancho?

Después de aquella larga e interesante conversación con la viuda del general Villa, he vuelto a verle varias veces para escuchar pasajes interesantísimos de la vida del guerrillero, pasajes que en su mayoría son desconocidos.

Lo que me refirió doña Austreberta, lo relataré en los capítulos siguientes. Solamente que debo advertir a los lectores que, en lugar de mencionar en lo sucesivo las palabras de la señora Rentería viuda de Villa, he preferido hacer una narración para poder presentar con mayor claridad al hombre, en la inteligencia de que esa narración estará ajustada fielmente a los datos que me proporcionó la señora.

El convencionismo

EL ÚLTIMO AMOR DEL GENERAL

Finalmente, y antes de que se conozca esa narración, debo presentar una excusa a la señora viuda de Villa. Ella me pidió que los datos relacionados con los amores que tuvo con el general, no fuesen dados a conocer por ahora; pero son estos datos tan interesantes, y tan interesante es conocer la vida íntima del guerrero, que muy a mi pesar tendré que faltar a los deseos de la dama.

El conocimiento de los capítulos de la vida amorosa del general Villa, servirá para el mejor conocimiento del hombre. Muchas leyendas quedarán destruidas definitivamente y el Pancho Villa violador de jovencitas, amante irresponsable, lazador de rancheras indefensas, golpeador y hasta asesino de mujeres que no sucumbían antes sus caprichos, desaparecerá para surgir el Francisco Villa mujerigo, sí, pero mujeriego como el ranchero del norte, que solamente entiende el amor, cuando montado en un brioso corcel llega a la ventana de la amada y tras de cantarle y de prometerle miles de cosas, la hace huir junto con él, para ir más tarde en busca de otra aventura en la que correrá riesgos sin nombre y sin cuenta.

Además, ¿no fue su amor por “Betita”, por “mi Betita” —como dice Hernández Llergo que la llamaba—, el último de sus amores? ¿No después de ese amor que le atormentó y le comió el corazón, durante varios años, al igual que todos los rancheros que habitan las estribaciones de la Sierra Madre, no después de ese amor, digo, fue cuando sintió ya la paz y la dulzura hogareñas?

Este último amor del general Villa no puede quedar esperando al cronista del mañana, por más que haya capítulos demasiado crudos, pero que, a pesar de ser excesivamente crudos, están ligados a la existencia del hombre que, quiéranlo o no sus enemigos —aquellos que no perdonan ni perdonarán que un hombre salido del monte haya disputado la dirección de la vida de México a otro que había pasado sus mejores años durmiendo en los muelles sillones del Senado— tuvo una actuación que llenará muchas páginas de la historia mexicana, bien como un *outlaw*, bien como un guerreador, pero más como guerreador que como *outlaw*, porque superó una y muchas veces al guerrillero de la Reforma y al facultativo del porfirismo.

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 21 de abril de 1935, año xxii, núm. 68, pp. 1-2.